

Iniciación a la semblanza de un pedagogo que sonríe¹

Queridos compañeros:

Cuando la Asociación de Ingenieros de Caminos solicitó mi cooperación en el homenaje a D. Vicente Machimbarrena, en nombre de los que hemos sido sus alumnos, me pareció algo tan obligado e inevitable como la realización de una ley de la Naturaleza.

De los 500 ingenieros que recibimos sus enseñanzas, yo, que le sucedí en su cátedra hace más de diez años, poco después de su paso a la Dirección, soy el único que he tenido la fortuna de seguir siendo su discípulo. Y ello, por mi constante comunicación en la Escuela, en la Biblioteca y en la REVISTA DE OBRAS PUBLICAS, todos los días y a todas horas, en una perenne convivencia de formación tan intensa que podría poner en peligro mi humildad si no hubiera sustituido hace mucho la jactancia por el santo temor de Dios. No extrañéis, pues, que no traiga yo aquí ese aspecto de víctima propiciatoria que suelen tener los oradores en obligada circunstancia y que luzca en cambio la jocunda alegría del hijo a quien toda una estirpe encargara de ornar con laureles inmarcesibles la sosegada frente del que alumbró su espíritu.

Por eso yo, que rehuyo constante y sistemáticamente la pequeña popularidad de resonancia que Prensa y público generosamente prestan a conferencias y actos pedagógicos y los reduzco siempre, en lo posible, a regiones o espacios recoletos y sólo poblados por discípulos, hoy, si me fuera posible, tendría aquí taquígrafos que recogieran hasta los más íntimos latidos de vuestro entusiasmo y hablaría con gusto frente a un micrófono de gigantesca intensidad que detuviera a los hombres de las ciudades, frente a la púrpura impúdica de los anuncios luminosos y congregara cívicamente a los del campo en este plenilunio maravilloso de diciembre, bajo la pura noche claveteada de estrellas, para enterar a todos de lo que aquí digamos en honor de uno de los más finos educadores que ha producido España.

Y ya que esto no puede ser, y puesto que he de hablar en nombre de los que oímos sus explicaciones, perdonad si mis palabras salen sin orden y si a veces se empenachan en luminarias líricas, propias de la edad en que bebíamos todos en la fecunda linfa de su saber. Cuando padecíamos la sabrosa desdicha de tener veinte años, y hablábamos en verso sin saberlo, cuando en mis nocturnos junto al Tajo — preparando mi conferencia de alumno sobre Toledo — me parecía ver estremecerse levemente las aguas del padre río en un parpadeo verde de náyades con labios en flor.

Unas cuantas estampas a lo largo de una vida prócer que continúa su fluencia. Impresiones y climas de la España de los últimos setenta años, que son los primeros setenta años de D. Vicente Machimbarrena. Una pequeña pausa en la cima de la montaña, con la niebla tendida y ocultando el paisaje del Poniente. Y un título que nos guíe en el camino. Como D. Vicente y yo esperamos sosegadamente la celebración de su centenario, para el que todos quedáis invitados, y en el que pronunciará su gran lección, el título a estas notas sin orden ni concierto debe ser como un marco de voluntaria limitación. Por ejemplo: *Iniciación a la semblanza de un pedagogo que sonríe*.

Un *pedagogo que sonríe*. Advertid cómo estos vocablos que se unen con la eurytmia sencilla de la cuádriga clásica en los vasos helénicos, y que van a tirar también aquí con la posible gallardía del carro de mi disertación,

llevar en sí las virtudes que se nos exigían en la clase de Lógica para toda buena definición. Un género próximo, *pedagogo*, una última diferencia, el pedagogo *que sonríe*. Una diferencia que aunque última es en nuestro caso de primer orden. Una diferencia que le enlaza con Giner de los Ríos, a quien por ella — sin saber las razones, naturalmente — se le llamó siempre Don Francisco, mientras que, por ejemplo, Cossío, fué siempre sólo el Sr. Cossío. Una diferencia que también a Machimbarrena le trajo en el halda como un fruto maduro, su nombre de paz, *Don Vicente*.

* * *

LAS FECHAS.

Toda biografía que se respeta debe apuntalarse con unas fechas. Las de D. Vicente son éstas: Nace en 1865. Llega a Madrid en 1881. Ingresa en la Escuela dos años más tarde. Termina la carrera en 1888. Es profesor en la Politécnica a los veintiséis años. Comienza su profesorado en nuestra Escuela en 1904. Profesor de Arquitectura desde 1908. Asume la Dirección el año 1924.

INFANCIA.

Nace Machimbarrena, hasta las piedras lo saben, en San Sebastián. Y nace casi al mismo tiempo que el San Sebastián de hoy, es decir, recién derribadas las murallas que impedían su crecimiento. Es lógico suponer que los ojos del niño se llenan entonces de admirables visiones constructivas. Los planos que trazaban el ensanche motivan ardorosas discusiones. Se publican folletos en pro y en contra de la construcción del Boulevard. El padre de Machimbarrena era anti-boulevardista. Pero cuando vencen los contrarios es de los primeros en levantar un magnífico inmueble en el Boulevard. Discusiones, enconos, apaciguamiento, gestos de comprensión y de civilidad. Tesón, pero cortesía. Urbanidad, urbanización.

El niño, sin darse cuenta, aprende para siempre una profunda y admirable verdad: toda creación es el injerto de una pasión en un orden.

Crece Machimbarrena al mismo tiempo, pero más lentamente que su ciudad. Cuando él se va a Madrid, ya bachiller, deja a su ciudad hecha toda una mocita, en potencia propinqua de mirarse, desde el borde, en el espejo de su playa. Los dos, la ciudad y el muchacho, aunque lo ignoran, van a seguir caminos paralelos y a lograr triunfos con iguales armas, la simpatía servida por la organización.

EL MADRID DEL OCHENTA Y TANTOS.

¿Cómo sería Madrid cuando llega este muchacho guipuzcoano sobre el corcel de sus dieciséis años sin cumplir? A lo largo de su vida madrileña ¿qué cosas hirieron vivamente sus ojos apacibles y tranquilos, ojos de haber mirado mucho al mar?

Yo, en las poquísimas horas libres de que dispuse los últimos días, he afilado mis imaginaciones en libros y periódicos pálidos y rugosos, de mal papel. Tenía la ilusión de captar un poco de la existencia de nuestro Machimbarrena de veinte años y cruzar su Madrid en esta fiesta, para bailar le el agua delante, como se decía en nuestra edad de oro, y volverle a pasar por el corazón, en recuerdo, las pequeñas peripecias que quizás en su espíritu tuvieron dimensiones de acontecimientos.

El Madrid de estos años es Lechegaray, Alfonso XII, después su viuda, Vico, Calvo, Mario, Arderius, Du-

¹ Discurso pronunciado por D. Tomás García-Diego en el homenaje celebrado por el Cuerpo de Caminos en honor de don Vicente Machimbarrena, el día 12 de diciembre de 1935, en el Instituto de Ingenieros Civiles.

cazcal... Y es también, y no menos, Lagartijo, Frascuelo, Guerrita...

¿Queréis que pasemos, levemente, las hojas de un periódico?

1885. — El rey muere en El Pardo; en torno el encinar de Carlos V impasible, con su eternidad de grises y azules. Una silueta de mujer que llora. Cabildeos políticos, ¿qué pasará? Bordados, mantillas, un vaivén de silencios. Cánovas y Sagasta, junto a una ventana, solos con las figuras de los tapices, cuchichean. ¿Qué pasará? Decididamente, no pasa nada.

1886. — Las muchachas siguen yendo a misa. Pero algunas llevan un sombrerito pequeño, enlazado al mentón con un velillo sutilísimo, que algunas veces se apicara en aterciopelados lunares... ¿Y la castiza mantilla española? Gimen los cronistas de la época.

Lilas y conciertos anuncian la Primavera. Hay una sociedad de cuartetos. Se habla mucho de Bretón y de Sarasate.

La aristocracia se aburre. El luto de la Corte hace que no se celebren banquetes ni saraos. ¿Cómo serían, amigos míos, los saraos? ¿Qué habría detrás de ese vocablo que se deshace en la boca como una fruta exótica?

Muere de una cogida un lidiador. Digamos su nombre de guerra, "El Taconero". ¿Cuántos años hará que nadie nombra al pobre novillero desconocido?

Se casa una infanta, Eulalia. Largas columnas sobre la boda, interminables listas de regalos. Bordados, cruces, joyas; para el pueblo el paradigma de la felicidad. Pero hace pocos meses esta misma infanta, y por cierto en un castellano deshuesado, de leves matices cosmopolitas, publica sus memorias y vemos que esta felicidad, como todas, tenía su cara y su cruz y que el recuerdo, naturalmente, se clavó en la cruz. ¡Vaya por Dios!

Carnaval y sus bailes. No se habla en los periódicos de D. Vicente, pero, no lo dudéis, allí estaba, con su capa de vuelos de terciopelo. Alternando en el baile y en el "ambigü", otro vocablo de líneas inefables. No se habla de D. Vicente, pero es porque entonces, no se llamaba así.

Se estrena el drama "De Mala Raza", de Echegaray. Siempre había alumnos de la Escuela de Caminos en estos estrenos. Uno de ellos, que hoy nos honra con su presencia, y es uno de nuestros grandes prestigios, me contaba hace pocos días sus impresiones ante los dramas de Echegaray y sus equilibrios desde el Paraíso, con el torso fuertemente flexionado y las manos engarfiadas en una barra para no caer al patio de butacas con las solas alas del entusiasmo.

Lilas en abril, ya lo hemos dicho, rosas en mayo. El cielo, como el de ahora, con esa claridad cerúlea y admirable, y entre las lilas y las rosas ¡gran suceso! el obispo de Madrid asesinado en las gradas de su catedral.

2 de mayo: La procesión cívica. Uno de los días de mejores azules en este Madrid de nuestros pecados.

12 de mayo, un ciclón. Y cinco días después un rey que nace. Campanas, bordados, clamores. Por todas partes júbilo, y ello ¡loado sea Dios! en el pueblo y en la aristocracia.

Verano, veraneo; el éxodo a San Sebastián.

Otoño, apogeo de Lhardy. Invierno, Arderius que muere... Ducazal.

1887. — ¿Qué ocurre en 1887 cuando nuestro Don Vicente estrena sus veintidós años? Sigue la crónica:

Continúan, muy lentamente, las obras del Banco de España.

Ricardo de la Vega estrena "Pepa la Frescachona".

Hay música en el circo de Rivas. Y oratoria en las Cortes, que preside con elegancia ejemplar D. Cristino Martos.

En el coso taurino, grandes, inenarrables hazañas de Frascuelo y Mazzantini.

Crónicas de sociedad largamente contadas por un señor que se firma, nada más, pero nada menos, que "Asmodeo".

La Carrera de San Jerónimo es la arteria mundana de Madrid. Podría deciros sus tiendas más importantes. Apenas queda ya más que una: Lhardy.

El *Madrid Cómico*, de Sinesio Delgado, es manjar obligado del madrileño "a la page". Se sigue representando "La Gran Vía".

Rafael Calvo es indudablemente — hemos llegado a noviembre — el Tenorio más perfecto que haya nunca existido. Se estrena "La Bruja", entre ovaciones formidables. Y entre sonrisas del mundo se casa D. Antonio Cánovas del Castillo con Joaquina Osma. Comentarios, cuchicheos... Una noticia estupenda, inesperada, la calle de Alcalá se planta de pinos.

1888. — La colección de diarios que repasamos llega ya a 1888. ¿Qué ocurre en Madrid el año en que Don Vicente adjetiva sus veintitrés años con el preciado título de ingeniero de Caminos, Canales y Puertos? Es-cuchad:

Al poco de empezar muere Fernández y González, nuestro Alejandro Dumas. Luto en las almas sentimentales, desde la princesa altiva a la que en buhardilla cose...

Se incendia el teatro de Variedades. Castelar logra en el Parlamento uno de sus más señalados triunfos oratorios.

Hay un furor extraordinario por los velocípedos, estupendos aparatos de ruedas desmesuradamente desiguales.

Sara Bernhardt luce su arte febril en el teatro Real. También trabaja, en otro teatro, la compañía del gran actor italiano Novelli. Europa se asoma al Madrid de la Regencia.

Ya está la calle de Alcalá con los pinitos hechos. Y empieza a llamarse "el pinar de las de Gómez".

Largas columnas sobre un asesinato célebre y oscuro, "El crimen de la calle de Fuencarral".

Se estrena "Lo sublime en lo vulgar", de Echegaray. Rafael Calvo se muere, y ante el último mutis, inevitable, todo Madrid llora una vez más.

Como final de año los periódicos hacen vibrar el patriotismo con los relatos de un invento. El submarino de Isaac Peral.

Así fué el Madrid de la primera juventud de Machimbarrena. Hay que cerrar la colección de periódicos. Nuestro mocito guipuzcoano es ya ingeniero de Caminos. Trabaja como técnico, camina por España. Es profesor de la Politécnica a los veintiséis años. Entra en la Escuela de profesor de guardia en 1904. Etc., etc. Para volver a encontrarle, dentro de la obligada economía de esta semblanza, tenemos que saltar veinte años desde nuestra colección de periódicos pálidos y rugosos, de mal papel.

MACHIMBARRENA, PROFESOR DE ARQUITECTURA.

La actuación de Machimbarrena como profesor de Arquitectura transcurre entre 1908 y 1925. Fué D. Mariano Carderera, titular de la asignatura, el que le propone cuando tiene que abandonar la cátedra — como don Vicente en 1925 — por haber sido nombrado director de la Escuela.

Es curioso el contraste entre estas dos figuras de profesores. Carderera debía ser un hombre seco, duro, adusto. Son famosas algunas anécdotas de su actuación pedagógica, y más aun las burlas sangrientas con que acogía los errores estudiantiles. Ejemplo, la que se cuenta de aquel muchacho que describiendo las partes esenciales del programa arquitectónico de unas termas romanas llamó, por azoramiento, *refrigerium* al *frigidarium*. Inmediatamente surgió en los labios del profesor aquella sutil sonrisa de felicidad que le nacía siempre al contacto de los grandes disparates. Y no conforme con la sonrisa, aunque ella llevaba prendida en sus alas el suspenso seguro, Carderera dijo al alumno suavemente: Refri-

gerium, refrigerium; no es que esté mal, pero en castellano se llama piscolabis.

Machimbarrena en cambio, sólo dejaba de sonreír ante la confusión o el dolor ajeno. Actuaba siempre como un amigo del alumno, le aconsejaba, le guiaba y muy pronto nos convencíamos todos de que en su clase el mejor negocio y la máxima distracción era aprender. El aire de la cátedra cambió como por encanto y desde el primer momento.

Pero además del aire y del método, Machimbarrena empieza pronto, aunque lentamente, a modificar los contornos del programa. Primero cayeron aquellas famosas lecciones de fortificación extrañamente incrustadas en una Escuela tan civil, hasta en los tiempos de máxima incivilidad, como la nuestra.

Cuando yo fui alumno, todavía se estudiaba con don Vicente la composición arquitectónica, sin que él intentara, no hace falta decirlo, hacernos arquitectos en cincuenta lecciones. Pero ya explicaba él con gran intensidad y no disimulada fruición la Historia de la Arquitectura. Su oratoria era sencilla, cordial. En los instantes cumbres, el tono se elevaba insensiblemente, y cuando hablaba de algo excepcional — por ejemplo, del siglo de Pericles y de la pura maravilla del Partenón, que era el amor de sus amores — la expresión y el acento se reforzaban con un expresivo guiño, instantáneo, pero suficiente para lograr de nosotros el mismo efecto que esos asteriscos del Baedeker que marcan la obra de arte en que es preciso detenerse para que el viaje y la guía tengan su íntegro aprovechamiento.

Ya en nuestra promoción D. Vicente inaugura su lucha contra la afasia, ese horror al discurso, aun con auditorio adicto, que caracteriza a los alumnos. Era obligatorio para cada uno pronunciar una conferencia sobre un tema artístico de libre elección. Por cierto que en mi promoción, una de ellas, la del querido González Espre-sati, cuya presencia en este acto no basta para cerrar mis labios, fué un verdadero modelo de buen decir y de fina y poética investigación. Su tema fué "La casa del Greco", y mereció el honor de ser editada por la Escuela, entre alborozos y plácemes de sus compañeros.

Esta dirección de su enseñanza en un sentido educacional, de fuertes raíces humanísticas; esa transformación, lenta al principio, de ritmo cada vez más rápido enseguida de su asignatura, es uno de los grandes méritos de D. Vicente. En pocos años aquel programa de Arquitectura en compendio, no ya inútil, sino perjudicial para el ingeniero, se transforma en un cuidadoso cultivo del demos esquivo y rebelde de los alumnos para injertar en él un amor a las formas artísticas y con ello un valor de liberación incomparable.

De su clase y con los cimientos adquiridos en ella, han surgido vocaciones aprovechadas con un sentido desinteresado y muchos ingenieros españoles, de los más auténticos, es decir, de los que están constantemente cruzando los caminos de España y viven en las viejas ciudades adormecidas en un sueño de histeria rota, han podido, gracias a él, conservar la dignidad de su vida interior y rehuir las mesas del casino provinciano, protagonizando esa historia y contemplando en sus ocios las viejas piedras doradas de sol.

DON VICENTE, DIRECTOR DE LA ESCUELA.

Y ahora cuatro palabras, para terminar, sobre don Vicente, director. Como yo hablo en nombre de los que fueron sus alumnos, oficialmente sé muy poco de las hazañas de D. Vicente como director. Y lo que sé lo sabéis todos.

Una transformación absoluta en maneras y en mé-

todos. Atmósfera de calma y confianza, paredes limpias de letreos, cera en los pisos. Dulzura, educación, sonrisas. Todo un sistema respirándose desde el jardín en que nadie cortaría una rosa, aunque estuviera la novia esperando, hasta las mesas de dibujo.

¡Aquel despacho del director de nuestro tiempo en que sabíamos estaba sentado D. Mariano Carderera, como un Júpiter creador de rayos, a quien nadie conocíamos, ni por supuesto queríamos conocer! Hoy ese despacho, el mismo, es un recinto tan familiar a los muchachos como el campo de juegos. Sobre la estantería están las copas de plata que ganan los equipos de la Escuela, y se guardan allí porque todos saben muy bien que el corazón de D. Vicente, tan joven como el de ellos, ha luchado con ellos y quizás decidió con su anhelo apasionado el instante final.

¿Queréis un ejemplo del día, en cuanto a las relaciones de los alumnos con D. Vicente y con los profesores? Quizás nada mejor para comprobar un sistema. Yo lo brindo a los compañeros que me escuchan y estudiaron en mi tiempo, o en tiempos anteriores. Y les pregunto si cuando salimos ingenieros nosotros teníamos valor, razón ni confianza para bromear como estos queridos mocitos.

Aquí tengo el programa impreso de las fiestas que celebran los alumnos al marcharse. Lo he cogido, no en los pasillos, no de las manos de un alumno oficioso, sino en la mesa de la sala de profesores. Escuchad:

"Grandes fiestas de la "Mecha" 1935. Que comenzarán, si el tiempo no lo impide y aunque el director no lo permita, el día de autos (lunes 9).

Día 9, lunes. — Descanso de las tres en adelante.

Día 10, martes. — "Ni te cases ni te embarques". A continuación: Salida de trenes de las estaciones de M. Z. A. y Norte, para todos los puntos de España. Tercero, gran suelta de palomas frente al edificio de Correos y Telégrafos. ¡¡A ver si algo de esto lo puede impedir el director!!

Día 11, miércoles. — A las seis, y ante la estupefacción general, gran baile de despedida de solteros (y sin compromisos) en el Hotel Ritz. Para más detalles, consúltense programas de mano y tablas de mareas. (Bueno, que lo del baile es en serio y vale 8 pesetas.)

Día 12, jueves. — A las seis y media de la mañana, gran diana en el cuartel de Leganés. A las diez y cuarto se cita a Asamblea magna para "una fotografía retrospectiva". Cuarto, reparto de globos en los almacenes de la localidad, por compra no menor de 5 pesetas.

Día 13, viernes. — A las once y media, "lunch" a los profesores. ¡¡Viva la camaradería!! Por la tarde, a la hora de la merienda, visita por grupos a casa de los señores profesores."

Sigue el programa, en el mismo tono de júbilo y confianza. . .

Así hablan nuestros muchachos. Es el lenguaje — puedo decirlo por dichosa experiencia propia — de los buenos hijos cuando se divierten en torno a un padre que supo dirigirlos sin humillarlos, ni con castigos ni con adulaciones, ni desde arriba ni desde abajo, de corazón a corazón.

Ahora va a dirigiros la palabra uno de ellos. Él os dará impresiones vividas y recientes, más interesantes que las mías sobre la obra del gran transformador del alma mater del Cuerpo de Caminos. Una obra preñada de valores permanentes y asentada con desinterés absoluto e inalterable sobre los firmísimos pilares de la utilidad y de la idealización.

Y así termino por hoy, para continuar, Dios mediante, dentro de treinta años — no olvidéis que todos quedáis invitados — la semblanza de D. Vicente, el pedagogo que sonrío.